



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 1088

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id. La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 21 DE MAYO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

APLAUSO MERECIDO

Los merece siempre el Hospital de Caridad; pero si las circunstancias son extraordinarias y desenvuelve sus recursos en la medida que aquellas reclaman, el aplauso es doblemente merecido.

Dentro de lo ordinario funcionaba ayer el benéfico asilo, cuando de pronto fué reclamado por necesidades imperiosas que no admitían espera; una desgracia horrible cayó rápida sobre un centenar de individuos y poco después se agolpaban á la puerta del Hospital numerosos heridos que reclamaban médico, medicinas y camas.

En un minuto se hicieron esperar los auxilios. Los médicos del hospital estaban en sus puestos y por si faltaba asistencia facultativa, los del Municipio y particulares concurren a la buena obra poniéndose á disposición de los que necesitaban de su ciencia. Las medicinas estuvieron prontas; la actividad, el deseo de hacer bien, el amor al prójimo, multiplicaban las manos que iban veloces de un punto á otro preparando todo lo necesario para las curas.

Hacían falta camas, muchas camas, el número de los que las pudieran necesitar era grandísimo y no era digno para el santo Asilero que despedir á un pobre enfermo que demandaba amparo.

Pensar en la necesidad y remediarla al punto, fué obra de un momento. A la voz del Hermano Mayor, la brigada de albañiles abandonó el trabajo y á poco salían camas y colchones de los almacenes del Hospital, que eran instaladas rápidamente en las salas de cirugía.

El caso era de gravedad suma. Seguramente no se ha encontrado nunca el Hospital de Caridad en caso tan difícil como el de ayer; pero el buen deseo hizo milagros

y sin que el orden se turbara un solo instante, atendió á todo con la mayor presteza, quedando de mostrado que aunque la desgracia hubiera producido consecuencias peores aun le hubieran sobrado recursos al Hospital.

La prueba ha sido dura pero el triunfo es grande. En dos horas se curaron sesenta heridos y se aumentaron las camas hasta ciento. Seguramente la Caridad hacemilagros.

¡Bendita sea la Caridad!

Y reciban nuestro aplauso sincero y las bendiciones de los favorecidos, todos los que ayer contribuyeron de cualquier modo al alivio de la desgracia que todos lamentamos.

La Muchacha Mendiga

[Sobre un pensamiento de Eugenio Mañuel].

Hallándome cierto día, al borde de una pradera, que lozana primavera de bellas flores cubría;

vi en medio del césped blando una mozueta andrajosa; pero alegre y bulliciosa, como una alondra cantando.

Llevaba el pelo hecho un nudo sobre la nuca; el vestido pobre, roto, mal ceñido el pequeño pié desnudo.

Ajena de que, á su espalda, con los ojos la seguía ya bañaba, ya corría, por la alfombra de esmeralda.

O entre la pompa de Abril parábase á cojer flores, las de más vivos colores prendiendo al cuerpo gentil,

Me deslumbró su ardimiento; y ante el sencillo alborozo de aquel alma sin rebozo, me dije: ¡Qué vano intento, buscar con necia inquietud la humana dicha en el oro, cuando forman su tesoro la inocencia y la salud!

A esa muchacha haraposa

que á solas canta y se ríe, que con las flores se engríe y vaga libre y gozosa,

¿qué le importan sus harapos?

Abril le ofrece sus galas... y tal vez, de angel las alas oculta bajo sus trapos..

Pero en esto, sonriente, la niña vuelve la cara, y apenas en mí reparo, se transforma de repente.

Cesa al punto de cantar, las flores arroja al suelo, y con lágrimas de duelo se viene así á lamentar:

— Señorito, señorito, compadezca mi ofandad; hágame una caridad, ¡por San Antonio bendito! murió mi padre en la guerra, y mi madre está impedida... Por darle sustento y vida mendigo sobre la tierra.

— ¡Cómo, exclamé, tal ficción! ¿Danzabas como una loca, y ahora el pesar te sofoca?

— ¿Quién manda su corazón? — No hay disculpa que te cuadre; cuando antes te sorprendí... — Pero cantaba por mí, y ahora lloro por mi madre.

El duque de Rivas.

GLORIAS NACIONALES

El Gran Capitán se apodera del castillo Nuovo (Nápoles).

21 de Mayo de 1503.

Uno de los puntos que quedaban en poder de los franceses después de la entrada triunfal de Gonzalo de Córdoba en Nápoles, era el castillo Nuovo, que, como el dell'Ovo, también en poder de aquellos, dominaba la ciudad, por lo cual el Gran Capitán dispuso su asedio.

Cerrado el puerto con la escuadra y situadas dos baterías frente á la torre de San Vicente, no tardó esta en caer en manos de los imperiales; entonces, gracias á la pasmosa inteligencia del célebre capitán de minadores, Pedro Navarro, construyeron una galería desde la citada torre hasta debajo de la muralla del recinto exterior, para colocar en los cimientos de esta una mina.

Amenazados los franceses con dar fuego á la mina si no capitulaban, no creyeron veraces las palabras de los españoles y rechazaron la invitación, visto lo cual por estos hicieron volar la mina, que produjo grandes destrozos en la muralla y entre la gente que la guarnecía.

Aprovechándose los españoles del pánico y desorden que entre los franceses produjo la explosión, subieron por la brecha que la mina abrió á lo alto de la muralla, para ganar los puentes levadizos que ponían en comunicación al primer recinto con el principal del fuerte, logrando tan sólo ganar uno, si bien el otro que existía lo consiguieron más tarde, y por él penetraron al interior del castillo.

Los franceses, al darse cuenta de lo que ocurría, dispusieron á pelear para defender la fortaleza á todo trance; en los patios trabaron sangrienta y esforzada lucha, y cuando los de Luis XII comenzaron á verse arrollados por los españoles, se encerraron en los distintos edificios del fuerte; los imperiales, con hachas y otras herramientas dedicáronse á derribar las puertas, y aunque sufrían gran daño por las muchas armas arrojadas, piedras y materias hirviendo que desde las ventanas, almenas y matacanes les arrojaban, derribaron todas las puertas y se escaparon por todas las alas del castillo, que después de horrible carnicería quedó por ellos.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

La prensa «amarilla» EN LOS ESTADOS UNIDOS

En el último número de la «Revue des Revues» se publica un artículo interesante, firmado por Mr. Valerien Gribayedoff, que durante veinte años ha sido periodista en los Estados Unidos. En ese excelente trabajo se dice con la mayor crudeza la verdad acerca del origen y prosperidad de la prensa llamada amarilla ó jingoista de los Estados Unidos, y de él tomamos los importantes datos que siguen.

Los prototipos de la prensa amarilla son el «World» y el «Journal» del domingo, que es el día de mayor tirada. Cada ejemplar de este último periódico pesa 500 gramos ó más, en tamaño de 47 por 55 centímetros, con 64 á 76 páginas, todo por 25 céntimos.

Se trata, por ejemplo, de la explosión del «Maine». El «Journal» anuncia en letras de tres centímetros de altura que España ha negado á los buzos de la prensa amarilla el derecho á reconocer los restos de la catástrofe. Pero no importa; en la página siguiente, y con el título de «La flota del New York Journal», se anuncia la expedición de cinco ó seis buques que por cuenta del periódico recorrerán las aguas de Cuba para auxiliar á los insurrectos.

Pasando á la sección de noticias, se nota que aquél país, á quien se supone tan práctico, tan razonable y tan trabajador, se ve presa de una verdadera epidemia criminal, dominado por todos los vicios y en completa decadencia. Narraciones de orígenes, delitos y escándalos sociales de todo género, llenas de pormenores pornográficos y horribles, sobre todo las de raptos, adulterios y seducciones; todo esto, con dibujos espeluznantes, citando los nombres, las fechas y publicando el retrato no sólo de los culpables, sino de los inocentes y de todos sus deudos y allegados, porque la publicidad de la prensa amarilla á nadie perdona.

Un periodista amarillo sólo está satisfecho cuando publica retratos de hombres ó de mujeres en las escenas más íntimas y respetables de la vida privada, cuando sabe que esto ha de ser más desagradable á los retratados. Hace diez y ocho meses el «Journal» tuvo la desvergüenza de publicar una página con los retratos de todas las damas aristocráticas de Nueva York que se encontraban en estado interesante, y debajo de cada retrato la cifra probable de los millones que á cada uno de los futuros vástagos le tocarían por herencia.

Íntil es decir que á la prensa amarilla le importa un bledo de las cuestiones que se refieren á la tranquilidad del género humano ó á la marcha de la civilización; problemas científicos ó creaciones literarias son letra muerta, mientras no tengan algún lado sensacional ó pornográfico.

CARLOS II EL HECHIZADO

819

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 818

CARLOS II EL HECHIZADO

815

— Caballero... no juzguéis temerariamente. — Bien, esto no importa; hablemos poco y entendámonos.

— Decid lo que gustéis. — Escuchadme, contestó Millán con pausa siniestra. Ana era mía y me la habeis robado; con ella os habeis llevado la única felicidad que me restaba en la tierra. Ana era mi hermana y la habeis escarnecido; habeis sido ó un seductor infame, ó lo que es más horrible todavía, un violador de mala ley. Habeis ultrajado de un modo inaudito al hermano, al amante y al amigo; habeis quitado su prestigio al honor, su corona á la inocencia, su vínculo á la amistad; habeis sido un ladrón que me ha robado la dicha y la esperanza; me habeis presentado el mundo tal como es, levantando el velo tras el que se oculta la virtud ó la mentira; me habeis ido clavando en el corazón todas las espinas del desengaño... ¡Oh! me parece que es muy justo que yo os quite la vida en pago de tantos desastres.

— Es muy justo, contestó Monte-Azul con la inmovilidad de una estatua que tuviese la facultad de hablar.

Millán lo miró con asombro.

— ¡Luego estais dispuesto á morir?

— Sí.

lentamente la llave en la pueria, la guardó en un bolsillo, y se volvió á colocar en frente de Ernesto.

Este permanecía cruzado de brazos. Los dos jóvenes estaban pálidos como la muerte. — Ernesto, dijo por último Millán con voz cavernosa. ¿Con que sois vos el autor de la deshonra de Ana?

— Sí, contestó el joven con acento tranquilo.

— ¿Y no sabiais que Ana iba á ser mi esposa?

— Sí.

— ¡Ignorábais que existía un juramento de familia, un voto sagrado hecho al pié del lecho de nuestros padres moribundos?

— No.

— ¿No sabiais que yo la amaba como se puede amar el primer pensamiento de la vida, el más puro destello de la felicidad, ó como la prenda más querida del porvenir?

— Yo también la amaba, contestó Ernesto heladamente.

— ¿Y no teniais en nada nuestra amistad?

— La tenía en mucho.

— ¡Oh! exclamó el poeta llevándose la mano á la frente; estais mintiendo como un miserable, Ernesto. ¿Sois vos el que haciais alarde de un honor intachable?

puerta, cuando oyó la terrible escena que pasaba al otro lado... Entonces fué cuando se apareció como el blanco de la cólera de un hermano ofendido y un amante desesperado.

Martín y Millán lo conocieron por último y no pudieron menos de lanzar un rugido feroz como si el cielo les hubiese proporcionado la venganza en el instante en que la invocaban.

— ¡Con que sois vos el miserable! exclamó Martín acercándose al joven con una gravedad imponente... ¡Vos, Ernesto de Monte-Azul, el amigo y compañero de nuestra existencia, quien ha atropellado de un modo tan infame el honor de una joven desventurada, de esa pobre niña que yace casi muerta á nuestros piés... ¡Vos sois! ¡Oh! ya sabeis que todas las gotas de sangre de nuestro cuerpo me pertenecen; que desde aquí en adelante todos los átomos de vida que estais respirando son míos; que es imposible que contéis con vuestra voluntad, porque ya no mandais en ella. Falso amigo; seductor hipócrita. Dios ó el demonio os ha puesto en mis manos: ó me matais ú os mato; hé aquí lo que nos resta por hacer.

Martín tiró de la espada, pero Ernesto se cruzó de brazos.

— ¡Oh! ¿no quereis batiros?